

¡pobres, ha despojado á los ricos. Luego
esas limosnas no son más que una
restitución, y por tal motivo se derivan
de un ~~deber~~ y no de una bondad. Esto
es lógico.

Philosóficamente considerado, la este-
rilidad del matrimonio Díaz Romero
Rubio es un bien para la Patria y
un beneficio para la mujer: aquella
no tendrá Nerocillos y ésta nunca podrá
lanzar la suprema y amenazante
queja de Agripina:
¡Ventreu ferri!

El Asesinato de García de la Cadena.

XX

Trinidad García de la Cadena era un ranchero
de no pequeño corazón; más bien bajo que alto,
grueso y doblado, de cara ancha y facciones toscas,
la expresión fisonómica tenía cierto sello de
rudeza que a primera vista desagradaba, pero
que después, haciéndose familiar, agradaba y
complacía. Había en su semblante algo de la
fierrea de los primeros conquistadores, idéntico
ruego en los pardo ojos, singular audacia en
la mirada de acerados reflejos; al verlo, se
echaba de menos el corcelite de los pujantes
caballeros de la edad media. Dotado de
una fuerza brutal, ahogaba un caballo
entre sus rodillas, con una constitución de
bronce, resistía á las tremendas fatigas de
la campaña de guerrillas en perfecto estado
de salud. En tiempo de guerra — que fué
toda su vida — apenas comía, dormitaba á

caballo, e incesantemente bregaba en los campos. Ese hombre no conoció más almohada que las piedras del camino, ni más colchón que el de los abrojos del monte ó la llanura: su descanso era el pelear.

Sus proezas desde el Plan de Ayutla hasta la muerte del Sr. Juárez, son de un carácter que yo defino con una sola palabra: épicas!

Nacido en el Estado de Tacatecas e hijo de un rico hacendado, dió á conocer su temerario valor á los dieciocho años. Un día, se recibió en la Hacienda la noticia de que una cuadrilla de bandidos santanistas se acercaba, incendiando á su paso las fincas de campo pertenecientes á los sospechados de liberales, fusilando familias enteras. Había en la Hacienda unos cuantos mosquetes viejos, algunos machetes y unas libras de pólvora. Con moros y peones, no llegaban á 20 los hombres en disposición de hacer

la defensa. El pánico se apoderó de todos y especialmente del padre de García de la Cadena, que huyó precipitadamente á los bosques.

El joven Trinidad no quiso huir: acompañado de dos peones tan valientes como él dispuso que se preparara una espléndida cena á los huéspedes por llegar. Los moros hicieron todo lo que les mandaba el amo, no obstante porprenderse de aquel mandato. Cuando ya estaba la mesa y todo listo, García de la Cadena les dió secretas instrucciones. Allá á las 11 de la noche, la esquita de la Hacienda anunció el arribo de los santanistas: eran cien bandidos al mando de un comandante llamado Lemus, rufián de los más peligrosos, mutato hérculeso y sanguinario, una especie de Porfirio Díaz del futuro. El joven Cadena los salió á recibir hasta el patio, y dijo que tenía lista una

cena exclusivamente para los jefes. Estos se instalaron a la mesa en número de cinco, en tanto que los soldados se desparanaron a pillar en las casuchillas de la Hacienda.

Las dos puertas contenía la sala de comer: las dos habían sido cerradas con gran disimulo, quedando dentro los forajidos, García de la Cadena y sus dos mozos.

Este se adelantó hasta colocarse junto al jefe y le dijo muy pausadamente:

¿Congre V. viene a quemar nuestra Hacienda?

— Por supuesto, muchacho, y a ti te voy a colgar de un merquite.

Aspenas había dicho estas palabras, cuando García de la Cadena desenvainando un machete que llevaba oculto, le dio tal machetazo que le tapó el cráneo. El facineroso cayó muerto y antes de que sus compañeros pudiesen darse a la sorpresa, fueron muertos

a su turno por el joven hacendado y sus dos sirvientes. Después montaron a caballo, volviendo a poco con refuerzos y exterminando por completo a la Jgavilla, terror hasta entornos de las fincas rurales.

La impulsión estaba dada: Cadena se lanzó a la lucha filianándose en el partido liberal, asistiendo más tarde a la acción de Calpulalpan y a todas las batallas libradas contra los conservadores. En cada encuentro conquistaba un laurel, y siempre se le veía en lo más recio del combate, desplegando tal bravura que una vez dijo de él el Gral. Miramón: Si todos los chiniacos fueran como ese ranchero, habría que romper mi Espada Republicana en 67. Restaurada la República en 67, García de la Cadena volvió a su Estado natal dedicándose por completo a las labores agrícolas en una

de sus haciendas.

Hasta aquí, la vida de ese patriota es hasta cierto punto imaculada; su nombre no había sido tan prominente en la guerra de intervención como lo fueron los de Escobedo y Régules, pero sí lo suficientemente glorioso para crearle gran prestigio en Zacatecas y de no común valía en toda la República. Entre los años de 69 y 70 el Gral. García de la Cadena, Gobernador entonces de Zacatecas, secundó el movimiento de San Luis, desconociendo al Sr. Juárez, y figuró como jefe de las fuerzas sublevadas de ambos Estados.

Otros republicanos de mérito, como los Generales Ignacio Martínez, Granados, Greeno Paz, Muerta, etc, etc, fascinados por utópicos bienes para su país y secretas insinuaciones del Sr. Díaz, se unieron al Sr. Cadena con sus respectivos contingentes formando un total de fuerzas que amenazaba seriamente al Gobierno constituido y la si-

tuación llegó a ser tan grave, que en Consejo de ministros acordamos abandonar la capital, siempre que las fuerzas sublevadas avanzaran directamente hacia México. Por fortuna estas se dirigieron sobre Guadalajara, libraron la sangrienta batalla de Sololotlán, tirotearon los suburbios de la capital de Jalisco y después acampados en La Oveja, pelearon con indomable birria contra los soldados federales, y a no ser por la desertión de las Caballerías de Guadarrama, el triunfo de los revolucionarios habría sido decisivo y de funestas consecuencias para el Gobierno. Mas tarde, entre 71 y 72, cuando el Sr. Díaz proclamó el Plan de la Noche rebelándose contra Juárez, el jefe zacatecano fué inducido a sublevarse por el jefe oaxaqueño, secundando en todas sus partes aquel Plan cuya forma tentadora costó millares de vidas. Igual paso dió cuando el Plan de Fustepéc. Bien sabía el diablo a quien se le aparecía: don Porfirio

estimaba la audacia de García de la Cadena, su prestigio en Occidente, su actividad prodigiosa y sobre todo, la lealtad de su carácter.

Derrotado é vencedor García de la Cadena, siempre estuvo con las armas en la mano defendiendo al Gral. Díaz y sus mendaces planes. Yo le ofrecí indulto y distinciones en 1874, pero él, por conducto del Sr. Raigosa, respondióme en una carta "que él no tenía más de una vida y la daría gustoso por elevar á Díaz á la Presidencia"

No era un revolucionario, era un fanático. Su amor hacia D. Porfirio sobrepasaba los límites de la idolatría. El Coronel Ordóñez había referido que si alguna vez se encontraba frente á frente con el Gral. Díaz, lo mataría como á un perro. García de la Cadena lo supo y por este solo dicho, fusiló más tarde, al hacerlo prisionero, al Coronel Ordóñez.

Triunfó la usurpación, y García de la Cadena fué elegido Gobernador de Tlaxcala,

en tanto que el Sr. Díaz se encaramaba á la Presidencia.

En proporción, merecía más la primera magistratura don Finisad García de la Cadena que don Porfirio Díaz. Los dos ante la Historia aparecerán como revolucionarios; pero aquel es un revolucionario que se bate y éste un revolucionario que corre. El primero es un faciturno; el segundo, es un charlatán.

x x
¿ Porqué el Sr. Díaz mandó asesinar al Gral. García de la Cadena?

El amigo Díaz ha sido locamente derrochador en eso de prometer: prometió la Presidencia á Vallarta, á García de la Cadena, á Fajó, á Tamacoma y á Treviño, por supuesto diciendo á cada uno "que le guardara el secreto con los demás" La media docena de pretendientes se miraban unos á los otros con cierto airucillo de la tierra como diciendo para sí: - Oh! ¡si este supiera

el inmenso secreto que llevo conmigo!
Si sospechara siquiera que dentro de poco seré
el supremo magistrado!

En esa resaca expectativa, todo y cada
uno de esos señores se entregaron en cuerpo
y alma al Gral. Díaz, en la inteligencia
de que éste apoyaba secretamente sus
respectivas candidaturas.

Al llegar la hora del desenganño
y el engaño, los candidatos chasqueados
fueron retirados de la arena pública a
látigos, con excepción de García de la
Cadena, a quien temía el futuro Dic-
tador y cuya sombra le ahedrenta
todavía. No pudiendo nulificarlo, era
preciso matarlo. Al efecto, compró
con oro y deslumbrantes promesas un
Judás y este Judas se llama Jesús Bréchiaga.
Dos veces estuvo a punto de ser asesinado
el benemérito Caudillo: una vez en su
propia casa y otra en sus encrucijadas.
Acudió a México, y en una entrevista

con el hombre que llora, éste le ofreció toda
clase de garantías siempre que no saliera
de la capital. Vivió en una casa de la
calle de Tacuba, espado, acuchado, ma-
terialmente estrechado en un círculo de
esbirros y polizontes. Pareciéndole insopor-
table y odiosa esta situación, García
de la Cadena resolvió abandonar el
país y radicarse temporalmente en los
Estados Unidos. Habló con su sobrino
el Sr. Raigosa para que éste solicitara
del Gral. Díaz un salvo conducto
que le permitiera sin riesgo ir a Ha-
catécas a arreglar sus intereses y
de allí seguir para los Estados Unidos
con toda su familia. Pasaba esto a
mediados de Octubre de 1886. El Sr.
Díaz, que cavilaba desde hacía algún
tiempo la manera de deshacerse de
García de la Cadena, acogió regocijado la
petición, expresando al Sr. Raigosa que
el proyecto de su tío no podía ser

más oportuno, conveniente y sabio, ofreciéndole toda clase de garantías ordinarias que fuese escoltado hasta Paso del Norte. La acalorada vehemencia con que fué aprobada su idea de espatriación voluntaria, inspiró vivas sospechas y desconfianza en el ánimo suspicaz de don Trinidad; pero la ardiente persuasión de Genaro Raigosa que quedaba en la capital velando por el cumplimiento de la palabra empeñada, disiparon aquellos temores que adquirían ya la forma de un presuramiento. Las mujeres, que debido a su sensibilidad nerviosa tienen el instinto del peligro más desarrollado que los hombres, las mujeres, digo, de la familia García de la Cadena - esposa e hija - imploran del esposo y del padre, que de hacer el viaje lo hicieran por Veracruz.

Y finalmente: la fatalidad, como la belleza, atraen con mano invisible,

pero mano de hierro.

Mientras el general zacatecano hacía sus preparativos de marcha enfundando baúles y enseres de familia, el telegrafo federal de la línea de México a Zacatecas vibraba día y noche con telegramas cifrados cambiados entre el Gral. Díaz y don Jesús Aréchiga; ¿Cuál era el texto de esos mensajes, que según el dicho posterior de un telegrafista contenían ben totalidad mil quinientos palabras?

El día 24 de Octubre de 1886 García de la Cadena salió de la Capital con dirección a Zacatecas, deteniéndose dos días en esta población, yendo después acompañado de su sobrino el Coronel Liraldi a su Hacienda de la Calera. Permaneció en esta finca tres días inventariando sus bienes e instruyendo al mayordomo de lo que debería hacer durante su ausencia. Debía residir más tiempo en ella,

pero sintiéndose gravemente enfermo de disentería al extremo de no poderse tener en pie, acordó volver a Tacatecas para consultar un médico. Así lo hizo. El 1° de Noviembre a la madrugada el General acompañado de Lizaldi, subió en una carretela tirada por un tronco de mulas, mandando al cochero que se detuviera en la primera estación del Ferrocarril Central, que distaba de allí unas cuantas leguas.

Hacia un frío terrible. El General, profundamente abatido y febricitante, yacía aletargado en el fondo del carruaje, envuelto en dos grandes cobertores. Lizaldi, sombrío y persigativo, no dejaba de arrear al cochero para que apresurara el paso de las mulas. El sol radiaba ya en los campos y la jornada estaba por terminarse, cuando del recodo del camino surgió de improviso una partida de ginetes pertenecientes a las

fuerzas del Estado, los que rodeando la carretela y apuntando con los rifles a los viajeros, les ordenaron echar pie a tierra, profiriendo las más atroces blasfemias. Lizaldi, que a primera vista había confundido aquella turba de asesinos por una gavilla de ladrones, se tranquilizó al ver que vestían el uniforme de los soldados del Estado; y juzgando que aquello sería una equivocación, explicó quién era él y quién la persona que le acompañaba.

— Precisamente andamos en busca de García de la Cadena, — respondió el que hacía de jefe de aquellos salteadores. Y acercando su caballo al carruaje, incluyó la cabeza, diciendo:

— Baje V, General, no se trata de hacerle daño. El General bajó apoyándose en los hombros de Lizaldi; tanto el como el Coronel estaban desarmados. Apenas pisó el suelo García de la Cadena, que estaba

muy débil, se apoyó con las dos
manos en los radios de una de las
ruedas..... No bien lo había hecho, cuando
una descarga cerrada, disparada por
detrás, le tendió en tierra lo mismo
que al malogrado Coronel Lizardi. El
cráneo de García de la Cadena estaba
completamente deshecho: los dos cayeron de
frente. Los asesinos pasaron á caballo
sobre los cadáveres lanzando alaridos
sinistros y gritos salvajes de
... Viva Porfirio Díaz!!!
!!!

Una rama de Ciprés.

XXXI

Hay es el aniversario de la
muerte del que fué mi mejor amigo:
Ramón Surruáin.

Ramón era un hombre de genio,
no de esos genios que hacen bonitos versos
y escriben honoras palabras, sino el que
Goethe definía: la facultad científica de
hacer del número una fórmula del
progreso.

Esa definición, lo mismo puede
aplicarse al financiero, astrónomo, al
matemático, que al inventor, al innovador
en ideas como al innovador en prin-
cipios.

Debido á una criminal rutina
combinada con defectos de raza
y educación, México ha confundido